



ESPACIO, TIEMPO Y FORMA

AÑO 2016
ISSN 1131-768X
E-ISSN 2340-1400

29

SERIE IV HISTORIA MODERNA

REVISTA DE LA FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

UNED





ESPACIO, TIEMPO Y FORMA

AÑO 2016
ISSN 1131-768X
E-ISSN 2340-1400

29

SERIE IV HISTORIA MODERNA
REVISTA DE LA FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

DOI: <http://dx.doi.org/10.5944/etfiv.29.2016>



UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

La revista *Espacio, Tiempo y Forma* (siglas recomendadas: ETF), de la Facultad de Geografía e Historia de la UNED, que inició su publicación el año 1988, está organizada de la siguiente forma:

- SERIE I — Prehistoria y Arqueología
- SERIE II — Historia Antigua
- SERIE III — Historia Medieval
- SERIE IV — Historia Moderna
- SERIE V — Historia Contemporánea
- SERIE VI — Geografía
- SERIE VII — Historia del Arte

Excepcionalmente, algunos volúmenes del año 1988 atienden a la siguiente numeración:

- N.º 1 — Historia Contemporánea
- N.º 2 — Historia del Arte
- N.º 3 — Geografía
- N.º 4 — Historia Moderna

ETF no se solidariza necesariamente con las opiniones expresadas por los autores.

Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV está registrada e indexada, entre otros, por los siguientes Repertorios Bibliográficos y Bases de Datos: REDIB, LATINDEX, DICE, ISOC (CINDOC), RESH, IN-RECH, Dialnet, e-spacio UNED, CIRC 2.0 (2016), MIAR 2015, ERIH PLUS. CARHUS 2014, Fuente Academica Premier, Periodicals Index Online, Ulrich's, FRANCIS, SUDOC, ZDB, DULCINEA (VERDE).

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA
Madrid, 2016

SERIE IV · HISTORIA MODERNA N.º 29, 2016

ISSN 1131-768X · E-ISSN 2340-1400

DEPÓSITO LEGAL
M-21.037-1988

URL
ETF IV · HISTORIA MODERNA · <http://revistas.uned.es/index.php/ETFIV>

DISEÑO Y COMPOSICIÓN
Carmen Chincoa Gallardo · <http://www.lauridilva.net/cch>

Impreso en España · Printed in Spain



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional.

EL VIAJE AL NORTE Y EL PESO DE LA HISTORIA. LAS IDENTIDADES DE BLANCO WHITE EN SUS *LETTERS FROM SPAIN* (1822)

THE JOURNEY TO THE NORTH AND THE IMPORTANCE OF HISTORY. BLANCO WHITE'S IDENTITIES IN *LETTERS FROM SPAIN* (1822)

Xavier Andreu Miralles¹

Recibido: 23/06/2016 · Aceptado: 23/09/2016

DOI: <http://dx.doi.org/10.5944/etfiv.29.2016.16805>

Resumen

En las primeras décadas del siglo XIX, José María Blanco White reescribió y reconstruyó sus múltiples identidades, individuales y colectivas, e intentó fijar en relación con ellas un relato de su vida, siempre inestable. Este texto sitúa su obra y, en particular, sus *Letters from Spain* (1822), en el marco del debate europeo sobre los caracteres nacionales. Un debate que descansaba, en buena medida, en esa concepción escindida de Europa en la que el Sur mediterráneo «atrasado» funcionaba como una contrapartida especular del Norte «moderno». La obra de Blanco White nos permite analizar cómo dicha concepción influyó en cómo se pensaron y construyeron las identidades en la Europa de principios del siglo XIX.

Palabras clave

Blanco White; Carácter nacional; Identidades; Religión; Nación.

Abstract

At the beginning of the nineteenth-century, José María Blanco White rewrote and reconstructed his multiple identities, individual as much as collective. He tried to lay down the tale of his life, a tale that was always unsteady. This article connects his work, and especially his *Letters from Spain* (1822), with the European debate on national characters. To a large extent, this debate was based on an understanding of Europe in which the Mediterranean *backward* South worked as an opposite mirror for the *modern* North. Through the work of Blanco White we can analyse how this understanding influenced the way in which identities were designed and constructed in the Europe of the first decades of the nineteenth century.

1. Aarhus University. Correo electrónico: xavier.andreu@uv.es

El autor participa del proyecto «Derechas y nación en la España contemporánea. Culturas e identidades en conflicto (HAR2014-53042-P)».

Keywords

Blanco White; National character; Identities; Religion; Nation.

.....

José María Blanco White ha pasado de ser uno de los grandes olvidados de la historia española a uno de los autores de su generación más editados y estudiados. En las últimas décadas, los trabajos de Martin Murphy, André Pons, Antonio Garnica, Manuel Moreno, Fernando Durán y otros han desgranado las múltiples caras de un autor tan complejo como interesante². Estos especialistas han abordado los conflictos identitarios que le obsesionaron durante toda su vida, principalmente los nacionales y religiosos. No obstante, la misma sofisticación y complejidad del personaje permiten hacer de él nuevas lecturas. En este texto me propongo situar su obra y, en particular, sus *Letters from Spain*, en el marco del debate europeo sobre los «caracteres nacionales». Un debate del que habían participado los grandes pensadores ilustrados del siglo XVIII, que vivió una nueva inflexión a principios de la siguiente centuria, y que descansaba, en gran medida, en una visión de Europa y de la modernidad que establecía una clara distinción entre el Norte y el Sur.

En las primeras décadas del siglo XIX, Blanco White reflexionó sobre los hechos de su vida con el objeto de explicarse a sí mismo y al resto del mundo quién era, en qué se había convertido. Reescribió y reconstruyó sus múltiples identidades, individuales y colectivas, e intentó fijar en relación con ellas un relato de su vida, siempre inestable. En este proceso los discursos hegemónicos sobre la modernidad occidental y sobre la diferencia radical entre el Norte y el Sur europeos ejercieron un papel fundamental. Con su viaje a Inglaterra, no pretendió sólo dar un salto geográfico, sino también temporal: abandonar el pasado y adentrarse de lleno en la modernidad. Ahora bien, la pregunta que le atormentaba era si, tanto para un individuo como para una colectividad, ese viaje podía realmente coronarse con éxito.

1. LAS ESPERANZAS DE JOSÉ MARÍA BLANCO. LA TRANSFORMACIÓN REVOLUCIONARIA DEL CARÁCTER ESPAÑOL

La creencia de que los pueblos gozan de un *carácter* particular, derivado de su historia, sus leyes, su clima o el medio en el que se desenvuelven, remonta sus orígenes a la Antigüedad clásica. No obstante, los filósofos ilustrados la actualizaron para explicar el lugar desigual que ocupaban los diversos pueblos del globo en relación con el progreso. El gran vulgarizador de que había una conexión fundamental entre el carácter y el grado de civilización de las diversas *naciones* fue el barón de

2. Para su biografía son especialmente interesantes, MURPHY, 1989. DURÁN, 2005.

Montesquieu³. En *De l'esprit des lois* (1748) vinculó dichos caracteres con las instituciones políticas y los sistemas de gobierno. En su opinión, la superioridad europea, su modernidad, se asentaba en tres principios, propios exclusivamente de sus habitantes. En primer lugar, la razón, la herramienta que permitía avanzar en el conocimiento, pero también la que regulaba los instintos, que debían ser puestos a buen recaudo a través del matrimonio. Por otro lado, el amor a la libertad, fundamental para afianzar las instituciones representativas y para el buen gobierno de los Estados. El tercer pilar del mundo europeo era la ética del trabajo, base de su prosperidad y de que sus habitantes tuviesen puesta la mirada siempre en el futuro. De este relato de la modernidad occidental, quedaban relegados los no europeos. Los pueblos orientales funcionaban especialmente como su imagen espejular: pasionales, supersticiosos, sexualmente desordenados, déspotas, indolentes, despreocupados, etc. En la interpretación de Montesquieu, y de la mayor parte de los pensadores ilustrados, los orientales no son sujetos activos de la historia, sino entes pasivos que quedaron anclados en una de sus fases.

Ahora bien, *De l'esprit des lois* se estructura también a partir de una división imaginaria entre el Norte y el Sur europeos. A la Europa meridional, Montesquieu le niega la modernidad (al menos plenamente) y la asemeja peligrosamente con los pueblos orientales⁴. El calor y la abundancia de sus suelos, su despotismo político y religioso, explican la decadencia de unos reinos del Sur cuyos caracteres nacionales son violentos y pasionales, abúlicos e intolerantes. Un carácter que se confunde con unas instituciones y unos sistemas de gobierno igualmente defectuosos⁵. Aunque sus opiniones sobre el Sur mediterráneo se basaban en relatos de viajes y en estereotipos poco fiables, lo cierto es que su retrato de la decadente Europa meridional se convirtió en un lugar común. En ese retrato, la monarquía española ocupó un lugar principal. Se convirtió en una advertencia al Norte europeo (y, especialmente, a una Francia que en opinión de Montesquieu avanzaba alarmantemente hacia el absolutismo) de las consecuencias que un mal gobierno podía acarrear a un reino que había sido poderosísimo y a una población que había acabado sumida en la barbarie⁶.

En España, las ideas de Montesquieu fueron bien conocidas. Aunque los ilustrados españoles tendieron a rebajar el determinismo climático implícito en su propuesta, aceptaron generalmente el retrato que de los males de su patria se hacía desde más allá de sus fronteras. La imagen del pueblo español que se formaron fue también la de un pueblo indolente y supersticioso. Sus hábitos mentales se hallaban bajo el influjo del despotismo y de la teocracia. En general, los ilustrados peninsulares desconfiaron de sus capacidades. Lo creían incapacitado para sustentar instituciones modernas y representativas. Sus esfuerzos se dirigían a reformar a una élite que debía ser la directora virtuosa de los destinos de la patria, pero que hacía

3. ROMANI, 2002, 19-62.

4. DAINOTTO, 2007, 52-86.

5. MOE, 2002, 13-36.

6. Las ideas de Montesquieu sobre España en, IGLESIAS, 1989, 143-155. Las consecuencias políticas de estas afirmaciones en, FERNÁNDEZ ALBADALEJO, 2007, 149-176.

también dejación de sus obligaciones. En lugar de «hombres de bien», las clases altas españolas parecían debatirse entre el majismo y la petimetría. Entre mezclarse con la plebe ignorante y obscena, y arrojarse a los brazos de unas costumbres frívolas y afeminadas. Todas estas preocupaciones están muy presentes en las *Cartas marruecas* (1773-1774) de José Cadalso, una reflexión sobre el carácter nacional de los españoles que dialoga con los grandes autores europeos del periodo, y que se mueve entre los argumentos de Montesquieu y las nuevas aportaciones que había hecho a estas cuestiones Jean-Jacques Rousseau.

Rousseau había cuestionado la narrativa del progreso y abominado de una modernidad que extinguía las virtudes primitivas de los pueblos europeos. Sus invectivas iban dirigidas a un carácter nacional francés que consideraba totalmente envilecido por el absolutismo de sus monarcas. Francia era el reino más inmoral de Europa, escribía Rousseau. Su degradación había llegado a tal punto que sólo era posible revertirla mediante una acción catártica: el restablecimiento revolucionario del contrato social originario. En este contexto, el lenguaje del republicanismo cívico fue recuperado y vinculado a la exigencia de restaurar las virtudes originales del pueblo galo mediante un acto legislativo radical. El abate Mably señaló que lo que necesitaba Francia era un moderno Licurgo. Alguien capaz de reconocer sus dolencias y de transformarla de arriba abajo dándole unas leyes nuevas que actuaran como revulsivo tanto sobre la constitución histórica del reino como sobre las conductas de sus habitantes⁷. 1789 demostró a muchos europeos que esa vía era posible. En pocos años, el pueblo más frívolo y taimado del continente se había convertido en una nación de guerreros capaz de derrotar a los ejércitos de las caducas monarquías absolutas.

Estos debates estaban muy presentes entre una intelectualidad española que vio con cierto estupor cómo en 1808 aquel pueblo español que creían envilecido por siglos de fanatismo inquisitorial se levantaba contra las tropas napoleónicas en diversas provincias españolas. Ahora bien, ¿hasta qué punto era posible confiar en sus virtudes? Una parte de la élite ilustrada, consecuente con sus opiniones sobre la veleidad y poca disposición de los españoles para sustentar gobiernos representativos, consideró que José Bonaparte era la mejor opción para «regenerar» a la nación española. Otros, sin embargo, vieron en Napoleón una nueva forma de despotismo, y confiaron en que era posible en España una transformación revolucionaria de su pueblo y de su constitución histórica que no pasase por ceder la independencia de la patria.

En 1808, el treintañero José María Blanco y Crespo (que es como era conocido entonces) vivía en Madrid. Había llegado allí tres años antes, huyendo de la jaula asfixiante que debió ser para él una Sevilla natal en la que debía conciliar su descreimiento con una familia profundamente católica y con su condición de sacerdote. Blanco llevó en Madrid una vida mundana, devoró libros materialistas y revolucionarios procedentes de Francia, frecuentó la tertulia de Manuel José Quintana y, al mismo tiempo, intentó ponerse a buen cobijo bajo el influjo del todopoderoso

7. BELL, 2001, 140-168.

Manuel Godoy. Cuando los madrileños se levantaron contra Murat, tuvo que enfrentar las mismas dudas que compartieron otros ilustrados de su generación. Años después escribió que en un principio estuvo meditando en afrancesarse. Algunos de sus compañeros sevillanos de juventud, como Lista o Reinoso, habían hecho eso mismo. Blanco escribe que por aquel entonces pensaba que sólo una influencia extranjera poderosa podía librar a España de la tiranía religiosa, causa de todos sus males: «I was fully persuaded that the Spanish left to themselves were not able to lay down the foundations of intellectual freedom»⁸. Según explica, si decidió no afrancesarse fue, en primer lugar, por el miedo que sentía precisamente ante la bárbara irracionalidad del pueblo español, cuyos feroces instintos había visto desatarse contra los amigos de los franceses. Por otro lado, no optó por dicha opción por el temor, no menor para alguien que dependió siempre tanto del reconocimiento de sus iguales, de ser llamado traidor por sus compañeros. Estas palabras las escribió una década después de los acontecimientos, aunque podemos darlas por buenas⁹. De los diversos proyectos educativos de los que participó por aquel entonces, se desprende su recelo hacia un pueblo ignorante y embrutecido; aunque también un optimismo muy ilustrado en el poder de la educación para elevar a todos los hombres a través del ejercicio de unas capacidades racionales que Blanco consideraba universales.

No obstante, es posible también que escribiendo desde la distancia y conocedor de los hechos que se sucedieron después, Blanco White esté rebajando la fe que pudo tener en aquellos momentos en la fuerza catártica de un acto revolucionario. Una fe muy jacobina, y eso y no otra cosa, jacobinos, eran por aquel entonces José María Blanco y Crespo y muchos de los miembros de la tertulia de Quintana. Su «Elegía a Quintana», escrita en sus años madrileños, es un canto a la revolución. En ella no duda en alentar al labrador a que se convierta en lobo y devore a aquellos poderosos que le explotan y le mantienen sumido en la miseria. Esa misma fe y ese mismo tono es el que adoptará Blanco como redactor de la sección política de la segunda época del *Semanario Patriótico*, un puesto al que le aupó el mismo Quintana.

En los dieciocho números que publicó del *Semanario* entre mayo y agosto de 1809 la reflexión sobre el carácter nacional de los españoles y sobre la posibilidad y oportunidad de transformarlo está muy presente. Blanco participa de la creencia ilustrada de que la libertad sólo puede arraigar en aquellos reinos en los que se ha aprendido a amar a la patria y a las leyes, y de que ese es un proceso que sólo se consigue al experimentar los beneficios de los gobiernos libres, apuntando a sus fundamentos climáticos en la línea de Montesquieu. Como escribe en agosto de 1809: «No es posible adivinar qué influxo [sic] poderoso ha hecho que la tierra se halle dividida en climas que así como llevan diversos frutos, produzcan casi constantemente hombres que amen su libertad o que yazcan tranquilos en la esclavitud». Señala también que dicho atributo es propio del continente europeo, sin distinguir

8. BLANCO WHITE, 33/1 (1999): 25.

9. No obstante, deberíamos añadir también otros «miedos» que no confiesa en esta relectura posterior de los acontecimientos, como los que se derivaban de lo que supondría de ruptura de los lazos familiares.

entre Norte y Sur: «de tiempo inmemorial se ha visto a sus pueblos agitarse por moderar este yugo que pesa sobre los hombres reunidos, y que solo puede evitarse enteramente en las selvas»¹⁰. No obstante, sí señala que la libertad se ha cobijado mejor en los pueblos del Norte, gracias no tanto al clima sino a su historia y a sus instituciones. En el número del 20 de julio elige de ejemplo a Inglaterra para ilustrar este punto, tal y como era habitual también en el pensamiento ilustrado dieciochesco. Allí existe un espíritu público nacido de un parlamento respetado del pueblo y de los reyes. Un espíritu que es «el alma de aquel carácter severo que hace a la nación [inglesa] invulnerable a los ataques interiores del despotismo, y a los exteriores [sic] de las naciones extranjeras [sic]: es en fin el que dando a cada inglés un orgullo fundado de pertenecer a aquel reino [sic], le dispone a sacrificar antes la vida que manchar este dignísimo nombre»¹¹.

Ahora bien, si esto era así, ¿cómo explicar lo que había acontecido en España? Blanco tuvo que enfrentarse al mismo dilema que otros ilustrados contemporáneos: cómo explicar que a pesar de siglos de apocamiento y degeneración, que describe el 6 de julio en «La España necesita un remedio general y poderoso», en 1808 se hubiera producido lo que parecía una revitalización espontánea del espíritu patriótico de los españoles. En el segundo número del *Semanario* había intentado dar ya una respuesta a este problema, aunque no resulte muy convincente. Reflexiona en él sobre un mal, la falta de patriotismo, que considera hasta cierto punto disculpable en un pueblo español abatido tras siglos de gobierno despótico y que «no puede tener repentinamente la energía de aquellos estados felices, en que los ciudadanos se acostumbran, desde la cuna, a mirar los intereses del estado como los de su propia familia». Sin embargo, acto seguido, afirma que, a pesar de todo, el carácter español había sabido preservar durante todo ese tiempo un espíritu patriótico que había impulsado en 1808 hacia el campo de batalla a miles de valientes¹². Justo lo contrario de lo que ha pasado en Suecia, como escribe en el número siguiente. Blanco atribuye la caída del país escandinavo en la órbita napoleónica a que su carácter nacional se había apagado y a que no existía ya allí un verdadero amor a la patria.

Así pues, Blanco considera que, a pesar de todo, la mutación radical de los «caracteres nacionales» es posible. Empieza con una explosión que arranca de raíz las viejas instituciones y formas de gobierno y las sustituye por otras. A partir de aquí, con el tiempo, éstas empiezan a arraigar, pues los ciudadanos se dan cuenta de sus beneficios y empiezan a amarlas como propias. En su primer artículo para el *Semanario* del 4 de mayo escribía que cuando «se han roto las cadenas de la tiranía» ya no hay vuelta atrás. A los tiranos no les resta más que temblar, pues, de repente, «se disipa la ilusión de la costumbre» y los ciudadanos recobran toda su fuerza¹³. A finales de junio, sin embargo, empieza a expresar dudas sobre la posibilidad de llevar a buen puerto dicha transformación en España. En estos momentos el principal escollo no lo encuentra en el «carácter nacional» de los españoles. Su regeneración

10. *Semanario Patriótico*, 03/08/1809, 220.

11. *Semanario Patriótico*, 20/07/1809, 190-191.

12. *Semanario Patriótico*, 11/05/1809, 24.

13. *Semanario Patriótico*, 04/05/1809, 9-10.

radical es posible. De hecho, escribe en «Sobre la oportunidad de mejorar nuestra suerte», incluso aunque una nación se encuentre al borde del abismo y se halle casi extinguido su espíritu patriótico, o incluso precisamente entonces, puede estallar un vendaval que la libere de sus cadenas y la lleve a virar radicalmente de rumbo. El problema está en quienes tienen que aprovechar y dirigir esa fuerza liberadora. Cuando se produce la explosión, escribe Blanco, si «hay hombres sabios y benéficos que puestos al frente de las naciones, inclinan aquella fuerza acia [sic] objetos ventajosos, su mismo impulso la regenera». Por el contrario, «si dexan [sic] apagarse el saludable fuego, los males se empeoran y eternizan»¹⁴.

Esto era lo que estaba pasando en España. Tras siglos de una tiranía lamentable, una combinación de factores había desatado un «torrente poderoso» imparable e invencible, capaz de derrocar a los tiranos y de transformar radicalmente el carácter de los españoles. Pero Blanco teme que esa fuerza no esté siendo bien dirigida, en lo que es una crítica nada velada a la Junta Central, con la que las relaciones del sevillano empezaban a ser cada vez más tensas. En lugar de empujar hacia adelante la revolución, con medidas que los ciudadanos pudieran interpretar como realmente liberadoras, estaban frenándola. Blanco teme que esto provoque desafección y desunión entre los españoles, y que el impulso regenerador se malogre. Con este mismo argumento defiende, contra el criterio también de la Junta Central, una convocatoria a Cortes en la que puedan sentirse representados todos los españoles por igual. En «¿Cuál puede ser el remedio más general de nuestros males?», insiste en que tras largos siglos de poder arbitrario, el pueblo español ha pasado por una de esas «crisis muy violentas» capaces de hacer recobrar a una nación «los derechos de pueblos libres». Ahora bien, si no se avanza por el camino revolucionario el impulso inicial se amortiguará, se acrecentarán los enfrentamientos entre los españoles y la nación caerá en la anarquía¹⁵. No hay nada que temer «del fuego del patriotismo» si está dirigido «por un cuerpo nacional según lo apetecemos; antes bien ningún otro remedio podrá sanarnos sin exponernos a violentas convulsiones»¹⁶.

En este sentido, Blanco se enfrenta públicamente a la Junta Central y a figuras como Jovellanos, a quien critica duramente ahora. Jovellanos no era partidario, por ejemplo, de introducir novedades revolucionarias en la constitución histórica de los españoles. Consideraba que era mejor introducir reformas progresivas que lo fueran transformando poco a poco. Blanco también es consciente de que las leyes deben adaptarse a las costumbres y al carácter de los pueblos, pero cree que el aprendizaje de la libertad vendrá después de haberlas reformado, cuando los españoles se sientan partícipes de su patria y de sus beneficios. Blanco compara al pueblo español con un león herido que no puede ser sanado contra su voluntad. Es menester, según Blanco, «que todos nuestros compatriotas sepan bien que es ser español y que se debe al que goza tal nombre: en una palabra, es necesaria una educación patriótica para que exista una patria, y esta educación solo puede adquirirse

14. *Semanario Patriótico*, 29/06/1809, 141.

15. *Semanario Patriótico*, 13/07/1809, 175.

16. *Semanario Patriótico*, 20/07/1809, 187.

donde haya un cuerpo nacional que sea su escuela». Cuando «en el discurso de algún tiempo», los españoles hayan aprendido a vivir en libertad y a discutir de los asuntos públicos, ningún tirano se les resistirá¹⁷. Para que esa educación sea efectiva, es necesario primero liberar de las cadenas de la intolerancia y del fanatismo a la razón, que ha sido embotada por ellas en España durante siglos. La regeneración de la patria pasa por la libertad de expresión, pues sin ella no hay discusión racional, y sin razón no hay patria posible. De ahí que Blanco tome las advertencias de la Junta Central a los «excesos» críticos de su *Semanario* como un amago de tiranía, la misma que han ejercido en España los déspotas durante siglos y la que practica también Napoleón. Sostuvo esta posición hasta el final, enfrentándose duramente a la Junta en un artículo de despedida en que dejaba claro a sus lectores que era ésta la que le había obligado finalmente a callarse.

Tras la clausura forzada de su etapa en el *Semanario Patriótico*, José María Blanco era ya una figura mítica para los liberales españoles. Un verdadero ejemplo de integridad moral. Sin embargo, en pocos meses lanzó todo este prestigio por la borda. Con el avance en Andalucía de las tropas francesas, en lugar de seguir a la comitiva de patriotas que se refugiaron tras los muros de Cádiz a escribir desde allí un nuevo capítulo de la revolución liberal, decidió emigrar hacia su admirada Inglaterra. Los especialistas han discutido las razones que le llevaron a dar este paso. Han señalado como una de las más importantes el profundo pesimismo que se apoderó de Blanco, a medida que avanzaba la guerra, respecto a las aptitudes de un pueblo español fanáticamente católico. No obstante, cabe recordar una vez más que a quien hacía responsable entonces de que la regeneración española se malograra no era tanto a un pueblo del que no podía esperarse más de lo que había hecho, como a una clase política que no había sabido encauzar su ímpetu patriótico. De su fracaso se iban a derivar males todavía más profundos, tal y como escribía en el *Semanario* del 29 de junio:

El movimiento de un pueblo en revolución es semejante al de una inmensa roca que pende equilibrada la ceja de una montaña altísima: no es menester gran fuerza para que se desgaje; mas solo aprovechándose con destreza del primer impulso puede dirigirse provechosamente la caída; quando llega a reposar en la falda, no hay brazos humanos que la conmuevan¹⁸.

2. LA FRUSTRACIÓN DE MR. WHITE. EL CARÁCTER DESDE UN PRISMA INGLÉS

En marzo de 1810 José María Blanco abandonó España para siempre. En textos autobiográficos posteriores explica el viaje como un acto liberador, y la resolución de no volver atrás como consciente y premeditada. No obstante, en Londres Blanco no corta su relación con España. Todo lo contrario, a través de *El Español* (1810-1814)

17. *Semanario Patriótico*, 20/07/1809, 187-189.

18. *Semanario Patriótico*, 29/06/1809, 141-142.

se convierte en una voz reconocida y muy leída tanto en la península como en la América española. En su prospecto anuncia que su voluntad es seguir la labor que había emprendido en el *Semanario patriótico* desde Inglaterra, un país que no coartará su libertad de expresión y le permitirá seguir instruyendo a los españoles. Lo que necesita España son Luces, y Blanco se dispone a proporcionárselas.

Su actuación en Londres, y las opiniones que vierte desde *El Español*, le irán forzando, no obstante, a romper amarras con la península y con sus antiguos compatriotas. Su enfrentamiento con el gobierno de Cádiz y con sus viejos camaradas liberales, que le llamaron «antiespañol» y le acusaron de traidor, provocó en Blanco un profundo conflicto identitario¹⁹. En Cádiz disgustó sobremanera que en el primer número de *El Español* se presentara como Mr. White, recordando su ascendencia irlandesa y el origen de un apellido que sus antepasados habían trocado por Blanco al llegar a la península. Blanco no pretendía renunciar a su patria (en el prospecto se presenta a sí mismo como un extranjero en Inglaterra). Apela a sus orígenes tanto por cuestiones prácticas, relativas a su condición de emigrado, como para ganarse el favor de sus lectores ingleses. Ahora bien, a diferencia de lo ocurrido un siglo antes con sus antepasados, en los albores de la era de las naciones adoptar un apellido extranjero empezaba a tener otros significados. Desde finales del siglo XVIII, las identidades habían empezado a conceptuarse como algo interior e irrenunciable²⁰. El uso del apellido White fue interpretado en la península como una desertión, especialmente en un momento en el que la nación española pugnaba por su supervivencia.

No obstante, fueron las críticas de Blanco White a las medidas tomadas por los gobiernos de Cádiz, a su manera de conducir la guerra y de resolver la cuestión americana, lo que desató definitivamente los ánimos contra su persona. El ataque inmisericorde de Blanco a la Regencia se entiende desde su convicción de que la revolución sólo triunfaría si las opiniones se expresaban sin cortapisas. No obstante, un embate de tales proporciones en un momento en el que la situación española era enormemente delicada y escrito desde Londres, resultaba más que preocupante, pues podía enturbiar la relación con la principal aliada de España. Muchos liberales, incluidos algunos de sus viejos amigos, no lo entendieron. El gobierno español envió a la capital británica para desacreditarle a Juan Bautista Arriaza, quien cargó contra Blanco por presentarse como «Mr. White» y le retrajo constantemente que llamase a su publicación *El Español* cuando sus opiniones no demostraban en su opinión sino lo contrario. Le considera, de hecho, un «casi-Español»²¹. Arriaza no fue, sin embargo, el más duro con Blanco, que fue tratado de español desnaturalizado incluso en las Cortes. ¿Cómo debió influir todo esto en el escritor de origen sevillano? Sin duda le causó una profunda impresión, como relata años después²². En 1811 empieza a firmar una serie de artículos en *El Español* como Juan Sintierra.

19. MURPHY, 1989, 61-76.

20. WAHRMAN, 2006.

21. ARRIAZA, 1810, 35.

22. BLANCO WHITE, 1845, 1-185.

Se siente un apátrida, rechazado por su nación de origen e incapaz de reconocerse todavía en la de adopción.

Es a partir de estos momentos cuando atraviesa una crisis de identidad nacional que le obsesionará en los años siguientes, y que muchos estudiosos de su obra han situado como uno de los ejes de su biografía. Fernando Durán ha advertido con acierto de que, no obstante, no debe exagerarse tampoco este conflicto identitario «nacional», olvidando otros, como el religioso, que pudieron tener para él más importancia²³. Con todo, no se trata de procesos excluyentes. Su ahogo es a la vez nacional y religioso, dos dimensiones que se confunden en su concepción del «carácter». En sus años en Inglaterra, e influido por el pensamiento británico, Blanco desarrolla su reflexión sobre los caracteres nacionales, sobre cuáles son los factores principales que los conforman y sobre la posibilidad o no de transformarlos. El resultado de dicha reflexión es un creciente pesimismo sobre la situación española, que ve confirmarse en 1814.

En la Inglaterra ilustrada se aceptó también la relación existente entre caracteres nacionales, instituciones y sistemas de gobierno. En general, no obstante, se disputó el determinismo climático al que apuntaba Montesquieu. David Hume le respondió que el factor más relevante en la conformación de los caracteres nacionales era la mayor o menor comunicación que se establecía entre los pueblos²⁴. El «carácter inglés» era central para la escuela filosófica escocesa, en cuya teoría de los estadios el Reino Unido ocupaba la cima del progreso. El mundo mediterráneo, una sociedad agrícola, despótica y feudal, se situaba unos escalones por debajo. Allí todavía no se habían desarrollado ni la industria ni el comercio, no existían derechos individuales y no habían arraigado aún los sistemas representativos. Para el pensamiento británico, uno de los principales argumentos explicativos de tal situación era el influjo del catolicismo sobre el carácter nacional de los países del Sur, en lo que no era sino una afirmación de la superioridad de una identidad inglesa ligada íntimamente al triunfo del protestantismo²⁵.

La reacción a la Revolución Francesa reforzó una particular interpretación británica de los caracteres nacionales que tuvo entre sus autores más influyentes a Edmund Burke. En *Reflections on the Revolution in France* (1790), el pensador dublinés se opuso a la teoría de los radicales ingleses, según la cual las disposiciones y costumbres de los hombres dependían de la naturaleza del gobierno en el que vivían. Por tanto, escribían autores como William Goodwin, si el gobierno cambiaba, los hombres desarrollarían los hábitos y actitudes correctas. Burke dio la vuelta al argumento: lo que determinaba las formas de gobierno era el carácter de los pueblos, que no podía transformarse de la noche a la mañana, sino que se fundía casi orgánicamente con sus costumbres y sus instituciones. Las leyes eran inútiles

23. DURÁN, 2005.

24. Una opinión que sostiene también Blanco en su escrito antiesclavista *Bosquexo del comercio de esclavos y reflexiones sobre este tráfico considerado moral, política y cristianamente* (1814), donde señala que si la población africana se ha mantenido al margen de la civilización hasta principios del siglo XIX, no ha sido por ninguna incapacidad natural o climática, sino por la falta de contacto con otros pueblos más avanzados.

25. COLLEY, 1992.

ante un pueblo ya corrompido. El caso inglés era único. Allí las instituciones y el carácter de sus habitantes (una mezcla de respeto a la tradición, religiosidad, deferencia, moderación, prudencia, sobriedad, franqueza y pragmatismo) se habían ido configurando mutuamente en un lento proceso de madurez que se había extendido durante siglos. El problema de Francia, explicaba Burke, era que su pueblo no estaba preparado para la libertad, mientras que el peligro para Inglaterra no estaba en la corrupción de su carácter, sino en la transformación abrupta que reclamaban los radicales²⁶.

Diversos autores, y especialmente André Pons, han analizado pormenorizadamente el viraje ideológico que se fue produciendo en *El Español*, y que llevó a Blanco a rechazar la tradición filosófica revolucionaria francesa y a moderar sus planteamientos; a pasar del jacobinismo al constitucionalismo británico²⁷. La admiración que acabó sintiendo por su anteriormente denostado Jovellanos es una prueba de esta transformación, aunque Blanco no se limita tampoco a seguir sus pasos²⁸. Asimismo, estos autores han puesto de manifiesto la importancia que tuvo en dicho proceso tanto su relación con Lord Holland y John Allen, como sus lecturas de Edmund Burke.

Me interesa señalar aquí las consecuencias que tiene este viraje en su interpretación del carácter nacional español. En el primer número de *El Español* de abril de 1810, expone las mismas ideas que había defendido en el *Semanario*: después de tres siglos de opresión despótica, el carácter español estaba sumido en un letargo del que despertó mediante una insurrección popular, espontánea y patriótica. Sin embargo, a las victorias de 1808 siguieron los desastres de 1809. El pueblo no tenía objetivos claros y le faltaban luces, y quienes debían dirigirlo y proporcionárselas no lo hicieron como debían. Las Juntas, controladas por la nobleza y el clero, en lugar de mantener su ímpetu revolucionario lo habían ahogado, frustrando una regeneración como la que se había producido en Francia, y que considera en estos momentos positiva. Sus invectivas contra el papel desempeñado por la Junta Central son todavía más duras. Con todo, a pesar de que la restauración de España se ha frustrado, sigue apoyando una «fermentación violenta» que permita enterrar el absolutismo y que pasa por difundir las luces a todos los rincones de la monarquía y entre todas las clases del pueblo²⁹.

Estas ideas empiezan a cambiar en los siguientes números, aunque progresivamente. En diciembre de 1810 celebra aún la apertura de las Cortes de Cádiz como el principio de la regeneración política de España: si el nuevo gobierno es justo y firme, propiciará una «metamorfosis milagrosa» entre sus ciudadanos, que aprenderán en él a ser libres, justos y moderados³⁰. En los meses siguientes el tono crítico se endurece, y la fe en la posibilidad de cambiar rápidamente el carácter nacional se anubla. Inspirándose en Burke, desacredita teorías «abstractas» como la de la

26. ROMANI, 2002, 184-193.

27. PONS, 2002, 307-412.

28. VARELA-SUANZES, 225 (2012): 138-151.

29. *El Español*, 30/04/1810, 26-27.

30. *El Español*, 30/12/1810, 206.

soberanía nacional, frente a la que defiende el mito monárquico. Las instituciones deben construirse a partir del carácter y las costumbres de la nación: más que transformar a partir de teorías especulativas, se trata de ser prácticos y modelar lo existente en la medida de lo posible y en un proceso que debe extenderse a lo largo del tiempo. Por ello, los liberales gaditanos hacen mal al enajenarse a la nobleza y a la Iglesia, sentando las bases de una futura guerra civil. Su creciente desconfianza hacia la capacidad autoregeneradora del pueblo español se pone de relieve en sus comentarios de finales de 1812 a las victorias rusas sobre Napoleón. Blanco se pregunta cómo es que la nación rusa «a quien nos habían pintado como a una grey inmensa de esclavos, sin espíritu, y sin patriotismo alguno» había sido capaz de pararle los pies al Gran Corso, mientras los españoles encadenaban derrotas y se consumían en pugnas estériles. Blanco abjura ahora de lo que había creído anteriormente respecto a qué debía hacerse para regenerar a la patria y ganar la guerra. El ejemplo de Rusia indica que el camino que eligieron los españoles no fue el acertado. Lo que encuentra allí es un gobierno fuerte y unificado, el único capaz de dirigir a una nación cuyo carácter es propio de esclavos: «Los hombres (se ha dicho mil veces y todavía no se cree bastante) son animales de costumbre. Donde solo el rey ha mandado por siglos; es imposible que se les haga igualmente al nombre abstracto de ley»³¹. En «Variaciones políticas de El Español», que publica en el número siguiente de enero de 1813, Blanco consuma y explicita su viraje político e ideológico, que rubrica con una larga cita de las *Reflections* de Burke.

Al mismo tiempo, la Constitución de 1812 cedía en el único punto en el que en su opinión no podía hacerlo: la intolerancia religiosa, origen de todos los males del carácter español. Acusa a la Inquisición de haber embrutecido a los españoles en un proceso que, desde un planteamiento burkeano, se ha extendido durante siglos. El carácter español se ha fundido indisolublemente con sus instituciones, su religión o incluso su lengua. La reacción fernandina de 1814 confirma sus temores: los excesos revolucionarios de los liberales, que quisieron avanzar más rápido de lo que la nación permitía y la situación aconsejaba, enconaron los ánimos entre dos facciones que terminaron haciéndose una guerra sin cuartel. El experimento español ha fracasado.

Blanco White se fue convenciendo pues de la dificultad de cambiar radicalmente el carácter de las naciones, y especialmente el de la española. Pero, ¿qué ocurría con los individuos? ¿Podían éstos reformar su carácter hasta el punto de mudar de hábitos y fidelidades nacionales? A medida que se consumaba su giro intelectual y que se le cerraban las puertas de España, Blanco volvió sus ojos y sus aspiraciones hacia la religión y hacia Inglaterra. En 1812 inicia su camino de vuelta al cristianismo. Según cuenta reiteradamente en sus escritos autobiográficos, en España había asociado la religión al catolicismo, así que tras convencerse de las mentiras de este último había abandonado también la primera. Al darse cuenta en Inglaterra de que era posible combinar la fe con la tolerancia, la razón y la modernidad, vuelve

31. *El Español*, 30/12/1812, 553-569. De ahí su propuesta de que se concedan máximos poderes políticos y militares a Lord Wellington, una exigencia que roza la defensa de un régimen dictatorial.

convencido al redil del cristianismo: el 4 de octubre de 1812 recibe la comunión en la Iglesia de Inglaterra. Aunque, como señala Durán, el factor religioso fue determinante en esta decisión, y lo será cada vez más en los años siguientes³², es cierto que en 1812 no se le ve tampoco actuar aún con la fe del converso, como prueba el hecho de que prácticamente no lo dijese a nadie. Vicente Lloréns, André Pons y Martin Murphy sugieren, de hecho, que es probable que su conversión al anglicanismo respondiera a razones bastante prosaicas: los dos primeros señalan que entrar en la Iglesia anglicana era una manera de obtener la ciudadanía británica, de dar un paso importante en su integración social y cultural, y de confirmarse en su recién estrenado conservadurismo³³. Murphy señala también que hacerse anglicano era el primer paso en el propósito que había empezado entonces a formarse: convertirse en inglés. De hecho, el acto coincide con el inicio de la escritura de un diario personal exclusivamente en lengua inglesa, con lo que busca acostumbrarse a pensar en el idioma del país en el que se propone vivir hasta su muerte³⁴. Probablemente, hubiera un poco de todo, y unos factores y otros se retroalimentaron. Su voluntad de hacerse inglés pasaba por la Iglesia anglicana, por adoptar otro idioma y por cambiar sus hábitos y sus costumbres, por «re-cast my mind, as much as possible, in an English mould – to re-educate myself as an Englishman», como escribió años después³⁵. A su vez, su crisis religiosa sólo podía resolverse mediante su entrada en una Iglesia que no negase su racionalismo, aunque muy pronto el anglicanismo le planteará también dudas en este sentido. En cualquier caso, en 1814 la transformación religiosa se consuma: es ordenado sacerdote anglicano.

No obstante, Blanco era muy consciente de que a pesar de todos sus esfuerzos nunca podría ser un inglés como sus nuevos compatriotas, ni estos últimos le aceptarían jamás del todo como uno de los suyos. Como subraya su nuevo apellido, Blanco White adopta lo que hoy llamaríamos una identidad transcultural, que convertirá en una de sus cartas de presentación, exhibirá obsesivamente en sus escritos autobiográficos y le legitimará para escribir sobre asuntos británicos de cara a un público de lengua hispana y sobre temas españoles ante los ingleses³⁶. No obstante, aunque Blanco adopta la voz del mediador cultural, lo hace con el objetivo de que una civilización inferior, la de habla española, aprenda de otra superior, la inglesa, y avance en su mismo sentido. No busca generar una nueva identidad nacida de la mezcla de ambas, sino de que una se vaya transformando, en la medida de lo posible, en la otra. Si empieza a utilizar el inglés es por deseo de integrarse, pero si abandona a su vez el castellano, es porque asocia además las lenguas con el estado moral de las civilizaciones³⁷. Aunque desde una tradición diferente a la del romanticismo alemán (de la que tampoco es del todo ajeno), Blanco establece una conexión íntima entre las lenguas y los caracteres nacionales. Desprenderse de los hábitos

32. DURÁN, 2005, 231-266.

33. LLORÉNS, 13 (1964): 44-60. PONS, 2002.

34. MURPHY, 1989, 88.

35. BLANCO WHITE, 1845, 1-249.

36. ERTLER, 2013, 1061-1075.

37. Respecto a las ideas lingüísticas y literarias de Blanco, DURÁN, 2010, vii-cxxx.

mentales del catolicismo hispánico pasa por dejar de pensar con la lengua con la que le fueron instilados desde niño, y que está penetrada por su mismo espíritu.

Esta reflexión sobre la lengua forma parte de otra más amplia. En la segunda década del siglo XIX, Blanco está intentando ordenar su vida, explicar las razones que le llevaron a actuar como lo hizo, especialmente en relación con sus actitudes religiosas. Influida cada vez más por el pensamiento británico, reinterpreta la situación española a través del prisma de la «leyenda negra», como fue común entre el exilio liberal en Londres³⁸. Lo que hace interesante el caso de Blanco es que inicia también una relectura de su vida en esta misma clave. Es decir, une la reconstrucción de su pasado personal con la del carácter nacional de los españoles. Su autobiografía y la historia de España se confunden de manera inextricable en *Examination of Blanco by White* (1819), una especie de examen de conciencia con el que busca conocer, purificar y liberar su alma en un momento en el que está sufriendo una nueva crisis religiosa³⁹. En esta obra Blanco dedica mucho espacio a reflexionar sobre la relevancia del contexto en la formación del «carácter». El inglés White atribuye los errores de su vida (de Blanco) a un espíritu apocado y a una mente educada en obedecer y en dejarse llevar por las emociones, en lugar de controlarlas. Ambos males son nacidos de una sociedad y una familia imbuidas de un catolicismo que sojuzga cuerpos y mentes. En este sentido, la suya es una historia ejemplar, la propia de alguien a quien le tocó en suerte nacer en España. Su madre era una mujer inteligente, bella y sensible, pero «was brought up in ignorance as all Spanish ladies». Sin la educación moral propia de las religiones racionales, su piedad se mezcló fatalmente con un celo y un entusiasmo ciegos. Otro tanto ocurrió con su padre y con él mismo. Los yerros morales y religiosos propios de la nación, explica Blanco, fueron «carefully instilled into my mind almost from my cradle» a través de todo tipo de prácticas católicas absurdas e inútiles, que no le enseñaron a evitar unas inclinaciones viciosas que se despertaron como era natural en su adolescencia. Con 21 años, «I was a mere boy –without any experience of life, and with scarcely the knowledge of the world which and English school boy has at fourteen»⁴⁰. Estas reflexiones deben vincularse también a la preocupación que siente en esos años Blanco por la educación de su hijo. No quiere que sufra el mismo calvario que había pasado él en su juventud, y al que atribuía no sólo su falta de carácter y su debilidad moral, sino también una salud muy delicada que le atormentó hasta la muerte. Por ello procuró que su hijo recibiera la educación propia de un caballero inglés, y lo envió a Suiza para completar su formación moral, intelectual y física –y a aprender francés.

Ahora bien, si los caracteres de los individuos están tan profundamente imbricados con el de las sociedades que los conforman, si hábitos privados y espíritu colectivo se confunden, su transformación resulta una empresa titánica. Por ello, su autobiografía resulta tan ejemplar como excepcional: sólo por un innato deseo de

38. ARADRA, 2015, 265-289. El peso central que ocupa la Inquisición en esta interpretación española del exilio liberal en, MUÑOZ SEMPERE, 2008, 127-153.

39. SOSA-VELASCO, 30/2 (2007): 287-301.

40. BLANCO WHITE, 33/1 (1999): 8-14.

conocer la verdad se salvará Blanco del destino que le reservaba la historia. Ese deseo es el que, en el relato de su vida, le impele a avanzar y a abandonar finalmente una España opresora rumbo a una nación libre como Inglaterra⁴¹.

Con todo, en estos momentos todavía no se han apagado completamente sus esperanzas de transformar España, que atisba ahora en términos evangelizadores. Dado que es la religión católica el origen de todos los males del carácter de los pueblos hispanos, la regeneración pasa por otras formas de cristianismo que no emboten las capacidades racionales. A finales de 1817 se planteó seriamente la posibilidad de encargarse de una misión anglicana en Trinidad, la antigua colonia española, para introducir la Reforma en tierras hispanohablantes. Además, se hizo miembro de la Sociedad Bíblica y de la Sociedad Misionera de la Iglesia, y tradujo al español diversas obras teológicas anglicanas, algunas de las cuales intentó introducir en España durante el Trienio. ¿Cómo entender estos proyectos teniendo en cuenta que por aquel entonces, tal y como señalan sus biógrafos, sus dudas sobre el anglicanismo eran ya difícilmente remontables? La respuesta se encuentra quizás en sus reflexiones sobre los caracteres nacionales a las que me he referido anteriormente. Desde su etapa de *El Español* se había convencido de que era un error intentar transformarlos radicalmente, y de que un buen gobernante debía ser pragmático, ir cambiándolos paulatinamente en la dirección correcta, sin provocar grandes convulsiones. Es posible que Blanco viese en el anglicanismo, del que señala ahora sus parecidos con el catolicismo, la mejor opción, por el momento, para las naciones de habla hispana. Así parece derivarse del último apartado de *Examination*, en donde justifica su colaboración con la *Homily Society*: «The numerous points of resemblance between the English and the Romish Church seem to make the Prayer Book and Articles the only Religious System which could be proposed to the Spaniards with any chance of success in case of an opening for attempting a Reformation in any part of the Spanish Dominions»⁴².

En cualquier caso, en un momento en el que busca un propósito y un lugar en el mundo, la opción de dirigirse a sus antiguos compatriotas para encaminarlos en la buena dirección sigue estando presente. Sus esperanzas se verán renovadas con la reapertura del proceso revolucionario liberal español en 1820. En aquellos momentos inicia la redacción de sus «Cartas de Inglaterra», pensadas para explicar a los peninsulares las virtudes políticas y sociales del pueblo británico. En carta a su hermano Fernando, confiesa que le gustaría poder volver a España y dedicarse en cuerpo y alma a propagar lo que ha aprendido en Inglaterra. Sin embargo, esa puerta está ya cerrada. Para volver, explica, debería de alterar radicalmente su rostro, de modo que aquellos que lo llamaron monstruo y traidor le permitieran de nuevo caminar entre ellos. De todos modos, sus ilusiones se desvanecieron muy pronto, así como la fe en la posibilidad de transformar el carácter de los españoles.

41. LOUREIRO, 2000, 31-63.

42. BLANCO WHITE, 33/1 (1999): 35. A su vez, Blanco White, quien se encontraba ya entonces muy comprometido con el evangelismo, parece disculparse de este modo por colaborar con el *establishment* anglicano.

3. BLANCO WHITE, EL FATALISTA. NACIÓN, RELIGIÓN Y GÉNERO EN LAS *LETTERS FROM SPAIN* (1821-1822)

En abril de 1821, la rutilante *The New Monthly Magazine* de Londres empezó a publicar una serie de «Letters from Spain» que fueron viendo regularmente la luz hasta el mismo mes del año siguiente, sumando un total de diez. Las cartas diseccionaban para el público inglés las costumbres, el estado moral y el carácter nacional de los españoles. También explicaban la vida de quien las escribía, Don Leucadio Doblado, un seudónimo que no parecía pensado para mantener por mucho tiempo a los lectores más atentos en el misterio de su autoría. El acertijo juguetea con el término griego *leukós* (blanco) y el participio «doblado». Remite pues fácilmente a su verdadero autor, Blanco White.

El éxito inmediato que obtuvieron las *Letters* en toda Inglaterra convirtió rápidamente a Joseph Blanco White en una celebridad. Le consagró además como una autoridad en los asuntos españoles, de los que se ocupó con asiduidad en dichos años. Incluso escribió la voz «Spain» para el suplemento de la *Encyclopaedia Britannica*. En 1822 refundió algunas de las «Letters», añadió otras, introdujo una serie de cambios y revisiones y las publicó en volumen. Escribió además un prefacio en el que subrayaba que aquello que contenían era verídico. El auditorio inglés recibió tan bien su descarnado y a la vez pintoresco retrato de la realidad española, que en 1825 las *Letters* volvieron a reeditarse. Blanco volvió a ribetear el texto. En medio de la intensa polémica sobre si debían levantarse las restricciones impuestas a los derechos de ciudadanía de los católicos, el escritor hispalense acentuó el tono anticatólico de la obra y sus protestas de veracidad: convirtió además su dimensión autobiográfica en una arma arrojadiza. En la edición de 1825 prescinde definitivamente del seudónimo. Las *Letters* se convierten en el testimonio fidedigno de quien había padecido en mente, cuerpo y espíritu los males inherentes al catolicismo.

Las razones que explican la avidez con la que el público británico leyó las cartas de Doblado son diversas. Entre ellas cabe destacar, en primer lugar, el atractivo que ejercía entonces en las Islas todo lo relacionado con España. El alzamiento de Riego y la reapertura del proceso revolucionario liberal avivaron un interés adormecido en los años posteriores a la *Peninsular War*. Las publicaciones británicas se apresuraron a cubrir el nuevo interés por España. Fue en este contexto en el que Thomas Campbell, director de *The New Monthly Magazine*, se aproximó a Blanco White en busca de artículos para su revista⁴³.

Con todo, la reanimada pasión por los temas españoles, aunque actúa como un mar de fondo imprescindible, no explica de por sí el éxito singular que obtuvieron en Inglaterra las cartas de Doblado. Debemos atender a otras razones, entre las que destaca, sin duda, su calidad literaria. La prosa fluye fácilmente por las *Letters from Spain*, veteadas de una fina ironía tras la que su autor esconde un cuadro muy afligido de su tierra natal y de sus viejos compatriotas. Lo hace además de forma

43. Sobre el interés británico por España y sus implicaciones políticas, SAGLIA, 2000. El caso concreto de *The New Monthly Magazine* en, SAGLIA, 49/1 (2002): 49-55.

innovadora, practicando un género que se sitúa en algún lugar a medio camino entre la literatura de viajes, el cuadro (y crítica) de costumbres sociales, la historia contemporánea y el relato autobiográfico. Un carácter híbrido que se observa también en una mirada sobre lo español que se mueve con soltura entre el escrutinio ilustrado y la vehemencia romántica⁴⁴. Blanco hilvana en su obra retazos de muy variada procedencia. Sobre todo, los propios de un desencantado ilustrado español y los de un imaginario británico que se movía entonces entre la condena al papismo mediterráneo y el «(re)descubrimiento» romántico del Sur europeo. José Alberich ha señalado la impronta que dejó en las *Letters* una tradición británica de libros de viaje sobre España en la que Blanco se insertaba, pero que contribuyó también a transformar⁴⁵.

Las *Letters* de Blanco entroncaban así con un corpus literario británico que tenía a España como objeto y que era fácilmente reconocible por los lectores. Cumplían además con las expectativas del público inglés: lo pintoresco se entrevera con una condena sin paliativos del catolicismo y del absolutismo; o, lo que es lo mismo, con una celebración del gobierno representativo y de las costumbres y moralidad británicas. Que el autor de las cartas fuese español le daba un plus de veracidad a sus afirmaciones. Su humilde reconocimiento de las excelsas virtudes que adornaban a Inglaterra, y que resplandecían situadas al trasluz de una España oscurantista, debió sonar como música celestial en los oídos más complacientes. Leucadio Doblado, como Blanco White, no se debate nunca entre la fidelidad a su patria de origen y la entrega a su nación de acogida. Opta sin ambages por la segunda. El autor de las *Letters* escribe en inglés, para ingleses y desde un punto de vista inglés. En este sentido, la obra puede leerse también como un paso más en el viaje identitario que había emprendido el escritor sevillano desde su llegada a Inglaterra.

Blanco anuda definitivamente su trayectoria vital con la de su tierra de origen. Desde el principio de la obra nos advierte de que la causa de todos sus defectos y sus desgracias está en haber nacido en España –mientras que su libertad y felicidad las debe a Inglaterra. Por ello, las *Letters* son a la vez una autobiografía y una disquisición sobre el estado moral de los españoles, sobre su carácter nacional. Aunque en la segunda de las cartas señala que es imposible realmente dar cuenta del carácter de una nación, puesto que nadie está en disposición de conocer las inclinaciones de todos sus habitantes, lo cierto es que no hace otra cosa a lo largo del texto⁴⁶.

Como era habitual en el debate europeo sobre los caracteres nacionales desde el siglo anterior, Blanco White los considera el producto de múltiples factores. Entre ellos no olvida los climáticos. En diversas ocasiones hace referencia a las consecuencias que tiene el calor para los habitantes de un país del Sur como España: la imaginación y las pasiones se mueven más libremente, al tiempo que los cuerpos

44. SCHWAB, 4 (2013): 350-367.

45. ALBERICH, 2002, 79-89.

46. De hecho, afirmaciones de este tipo eran moneda corriente en los trabajos que reflexionaron durante todo el siglo XVIII sobre los caracteres nacionales. Para todos los pensadores, era evidente que estos caracteres no condicionaban igualmente la conducta de los habitantes de un mismo país. Especialmente, solían distinguir entre la gente común y las clases elevadas, que es lo que hace precisamente Blanco White en esta carta; BLANCO WHITE¹⁸²², 26-58.

tienden a relajarse y entumecerse. No obstante, no es éste el factor decisivo en un país que no deja de ser europeo⁴⁷. Blanco sigue la tendencia mayoritaria en el pensamiento tanto español como británico de considerar que son factores históricos e institucionales los que coadyuvan principalmente a la conformación de un carácter nacional. Éste no es, por tanto, esencial, sino que se transforma a lo largo del tiempo. Entre esos factores destaca en España el absolutismo monárquico, que crea sujetos serviles e hipócritas. No obstante, para el caso español el elemento decisivo es la religión:

Religion, or, if you please, superstition, is so intimately blended with the whole system of public and domestic life in Spain, that I fear I shall tire you with the perpetual recurrence of that subject. I am already compelled, by an involuntary train of ideas, to enter upon that endless topic. If, however, you wish to become thoroughly acquainted with the national character of my country, you must learn the character of the national religion⁴⁸.

Para Blanco, el catolicismo y la identidad española están tan unidos en su presente que es imposible abandonar el uno sin renunciar a la otra. La afirmación no deja de ser, también, una justificación ante los ingleses de su propia actuación personal, y un llamamiento a que le abran sus puertas tras alinearse con ellos frente a sus más acérrimos enemigos: los papistas. Las *Letters* están repletas de fragmentos en los que se insiste en cómo el catolicismo, que se identifica fundamentalmente con superstición, intolerancia y fanatismo, esclaviza mentes, embota el entendimiento, produce seres sumisos e incapaces de pensar por sí mismos, etc. La religión católica perjudica a la nación no sólo intelectualmente, sino también al modelar las conductas y los hábitos mentales (y físicos) de sus habitantes. Contamina incluso la lengua en la que se expresan, convirtiéndola en idioma de la esclavitud. Como en *Examination*, en las cartas de Doblado la vida de Blanco White se utiliza en un doble sentido. Por un lado, como un ejemplo representativo de lo que le ocurre a todo aquel que nace en España; por el otro, como un caso excepcional, el de alguien que movido por un deseo racional profundo, y gracias a una serie de salvadoras lecturas, es capaz de superar los obstáculos y desasirse de sus cadenas⁴⁹.

Nación y religión se articulan a través de otra identidad que deviene decisiva: la de género. Para Blanco, el carácter es un atributo fundamentalmente masculino. Los efectos dañinos de la religión católica sobre la nación española se resumen en el afeminamiento que ha producido en ella. De hecho, la misma religión católica es interpretada con rasgos femeniles frente al varonil protestantismo. Tal y como señala Susan Kirkpatrick, para Blanco la confesión y la penitencia católicas impiden que en España se desarrolle una subjetividad moderna, basada en individuos

47. Sí le otorga más importancia, en otros escritos, para explicar la laxitud moral y el afeminamiento que les atribuye a las naciones americanas. Por ejemplo en, BLANCO WHITE, 1845, 200. Son estas supuestas «taras» propias de los países americanos (que a su latitud suman haber sido colonizados por españoles y profesar también el catolicismo), las que llevaron a Blanco White a desconfiar progresivamente de la posibilidad de una independencia real de las colonias que no acabara en un baño de sangre; BREÑA, 3 (2002).

48. BLANCO WHITE, 1822, 7-8.

49. FERNÁNDEZ, 24/2 (1990): 121-142.

autónomos y racionales⁵⁰. Los hombres españoles no pueden utilizar aquello que los diferencia de los brutos (y de las mujeres): su razón. Debido a ello, son incapaces de dominar sus pasiones. El catolicismo no sólo no ayuda a moderarlas, sino todo lo contrario, las incita e intenta utilizarlas en su provecho. El resultado son unos seres que viven atormentados por unas inclinaciones naturales que, al no ser conducidas como es debido, son un foco de inmoralidad y causa de infinitos remordimientos. Los efectos de este sistema sobre las mujeres españolas, «naturalmente» más sentimentales, son todavía más dañinos. Blanco las describe en ocasiones con rasgos que las acercan a la locura. La sexualidad de los españoles, especialmente la de sus mujeres y la de quienes se ven obligados a reprimirla al iniciar la carrera eclesiástica, resulta especialmente desordenada. El celibato al que se ven sometidos los clérigos o la insana reclusión que se impone a las monjas católicas son del todo antinaturales. Además, resultan tan perniciosos para la nación como para unos individuos que son sacrificados en el altar de unas creencias bárbaras e inhumanas. Los crudos detalles que da de su propia vida, así como las historias que cuenta Blanco de primera mano como confesor de religiosas que fue y como hermano de dos monjas que padecieron su destino, le sirven para ilustrar este punto.

Así pues, tal y como había expuesto ya en *Examination* y señala también en las *Letters*, la educación católica genera hombres débiles y apocados, incapaces de actuar de forma desenvuelta y defender lo que les dicta su razón en cada momento. De demostrar «carácter», como se decía entonces. Aunque es un modelo de virtud, su padre adolece de una falta de resolución absoluta. Se deja llevar por lo que le dicta su confesor. El absolutismo no hace sino sancionar y aprovecharse de dicha situación, acrecentándola. En las cartas 10 y 11 (en la edición de 1822), Leucadio Doblado llega a Madrid y describe la situación de la Corte justo antes de la llegada de las tropas napoleónicas. Blanco señala que quien manda en Madrid es la reina, María Luisa de Parma. La presenta dominante frente a su esposo y frente a unos súbditos hipócritas y sumisos. A todos ellos impone su arbitrio (a través de su favorito, Godoy), haciendo según se le antoja. Frente a lo que podía esperarse de un escritor tan apegado a la verdad de los hechos, Blanco da rienda suelta aquí a todos los rumores que corrían a principios del siglo XIX sobre la vida privada de los reyes y la falta de voluntad y carácter de Carlos IV. Un hecho que se explica quizás porque le permite subrayar aquello que está argumentando: España es una nación femenina e infantilizada. Una nación en la que la irracionalidad y la superstición, atributos supuestamente femeninos, se imponen con fuerza a sus contrarios masculinos.

Tampoco Blanco escapa a esta situación. En sus textos autobiográficos se recrimina constantemente a sí mismo su incapacidad para tomar las decisiones adecuadas y para no dejarse arrastrar por los demás. A pesar de todas sus dudas, sigue avanzando en la carrera eclesiástica porque no sabe muy bien qué otra cosa hacer, por no disgustar a los demás (especialmente a su madre) y por no verlos llorar. No

50. Aunque, paradójicamente, y como señala esta autora, es precisamente la técnica de la confesión la que utiliza Blanco para examinarse a sí mismo, y la que le permite articular un yo racional e independiente; KIRKPATRICK, 206 (2001): 30-36.

actúa como un individuo libre e independiente, sino como alguien que ha aprendido a ser a través de los demás. Nada más lejano del modelo de masculinidad que estaban promoviendo en el Reino Unido las clases medias protestantes ascendentes⁵¹. Un modelo que vinculaban además al carácter nacional y que quería Blanco inculcar en su hijo Ferdinand. En «Cartas de Inglaterra» muestra su admiración por las costumbres domésticas y conyugales de los ingleses, que considera además el sostén de todo su exitoso edificio social y político. Blanco añoró toda su vida no haber sido capaz de construir para sí mismo un modelo similar. Para él viajar al Norte era también abandonar una España católica femenina (la de su madre) y abrazar un tipo de masculinidad propio de un ciudadano libre, autónomo y racional. Convertirse en un hombre moderno.

Sin embargo, las *Letters* son también una prueba de la dificultad de consumir dicho proceso plenamente. Su caso muestra cómo a principios del siglo XIX, cambiar de identidad nacional empezaba a ser cada vez más difícil. Blanco cree que lo que se aprende en la infancia se interioriza y condiciona en un nivel profundo todas nuestras acciones. Nunca podrá hablar inglés como sus nuevos compatriotas, ni adoptar plenamente sus costumbres, ni dejar de sentirse un extraño entre ellos. A veces, sin darse uno ni cuenta, los hábitos que uno creía olvidados afloran de nuevo, como le ocurre a Leucadio Doblado, que se postra al suelo al escuchar en España el sonido de una campana. Como ocurre con el carácter de las naciones, el individual no puede transformarse de un día para otro. Quizás por eso desconfía también de las conversiones religiosas milagrosas. Sus relatos autobiográficos no nos muestran a un iluminado que descubre la verdad y alcanza la plenitud. Sus sucesivas conversiones son el resultado de un aprendizaje arduo y cubierto siempre de dudas⁵². Lo que se ha aprendido en el pasado nunca nos abandona del todo. Para Blanco, el catolicismo es el responsable también de los errores que comete incluso cuando la fe ya le ha abandonado: descreimiento, vida disoluta, ideas revolucionarias, etc. Estos mismos errores fueron los que cometió la única clase de españoles que por sus capacidades intelectuales había podido sustraerse al influjo directo de la Iglesia católica, pero no a los hábitos mentales que ésta les había inculcado.

Sabedor de que mutar radicalmente de carácter es imposible, Blanco White adopta en Inglaterra, aun queriendo convertirse en un caballero inglés, una identidad doble⁵³. En Inglaterra será reconocido y respetado precisamente por su carácter de *in-between*, por su capacidad de ejercer de mediador entre las dos naciones. Por hablar a la vez como inglés y como español. Lo que hace tan interesantes las *Letters from Spain* son su carácter transcultural y fronterizo. El protagonista del relato es un español que, imbuido de los valores británicos tras muchos años viviendo en Inglaterra, viaja de vuelta por la península en los años previos a la invasión napoleónica. El viajero nos muestra dos identidades, la española que aprendió desde la cuna y la inglesa que adoptó siendo ya un hombre adulto. Una duplicidad que

51. TOSH, 1999.

52. FERNÁNDEZ, 2009, 93-98.

53. La oportunidad de transformarse plenamente sólo la ve posible en su hijo, Ferdinand White, educado plenamente a la inglesa.

delata su nombre, Doblado, y que recorre y tensiona también el alma del autor real de su historia.

Este es el elemento que distingue la obra de Blanco de un precedente con el que mantiene relaciones intertextuales explícitas, las *Letters from England* (1807) de Robert Southey. En estas últimas, el protagonista es también un español, Manuel Álvarez Espriella, de quien se reclama pariente el Doblado de Blanco. Es conocida la estrecha amistad que unió a ambos escritores, así como que, en la segunda década del siglo XIX, Southey alentó a Blanco a que siguiese su ejemplo y escribiese sobre España, contribuyendo así a que empezaran a gestarse las cartas de Doblado. Ahora bien, la conciencia desgarrada de este último tiene poco que ver con la cómica ingenuidad de Álvarez Espriella. Southey sigue la tradición ensayística ilustrada de trasplantarse en un «otro» desde el que contemplar con ojos críticos su propia sociedad. Pero no se identifica realmente con él. El peregrino que visita extrañado una patria ajena acaba funcionando, más bien, como un recurso con el que subrayar la superioridad de la sociedad a la que se pertenece. Los comentarios «españoles» de Álvarez Espriella son un recordatorio constante de las ventajas de vivir en un país como Inglaterra, a pesar de algunas faltas que censura Southey tenuemente. La perspectiva que adopta Leucadio Doblado es la inversa, aunque, en cuanto a la valoración de ambos países, la lectura es la misma⁵⁴. Doblado se nos presenta como un narrador que interpreta la realidad de su tierra natal a través de sus nuevas lentes británicas. El resultado no puede ser más desesperanzador. No es lo mismo escribir desde el centro de la modernidad y sobre ella, que desde o a propósito de un país subalterno. Si las *Letters* de Southey remiten a una tradición entre cuyos más ilustres antecedentes se encuentran las *Lettres persanes* de Montesquieu, las de Blanco entroncan más con las amargas reflexiones del Nuño de las *Cartas marruecas* de José Cadalso. A diferencia de Martínez Espriella, un español en Inglaterra, Leucadio Doblado se presenta además desgajado en dos mitades. El país que visita no le resulta extraño. Despierta además en él dolorosos recuerdos y le hace ver que aun habiendo vivido muchos años en Inglaterra no ha sido capaz de desprenderse de muchos hábitos que le fueron inculcados en su infancia.

Las *Letters from Spain* son pues también una reflexión doliente sobre la dificultad de transformar el «carácter», tanto individual como colectivamente. Especialmente cuando de lo que se trataba era de cruzar un abismo que parecía insalvable: el que separaba simbólicamente el continente europeo en dos mitades espacio-temporales difícilmente conciliables. En 1809 José María Blanco y Crespo emprendió un viaje físico, moral e intelectual hacia el Norte europeo. En 1821 volvió metafóricamente al Sur a través de sus *Letters*. El pesimismo que las recorre es el que va apoderándose del autor al contemplar los hechos que están acaeciendo en la península, donde los liberales se han hecho de nuevo con el poder y vuelven a repetirse las dinámicas de una década antes. En 1808 había creído, como los ilustrados de su generación, que el principal problema del pueblo estaba en su ignorancia. La

54. Como lo es también la estrategia narrativa que utiliza de forma consciente: oponer las costumbres de ambas naciones de modo que una de ellas brille frente a la otra; LAWLESS, 2011, 203-214.

solución era fácil: educarlo. Una vez se le mostrase la verdad y se diese cuenta de las ventajas y los beneficios de los gobiernos libres, se afanaría por defenderlos. La nación se regeneraría de inmediato. Tras más de una década de nuevas lecturas, de reflexionar sobre sí mismo y desde la perspectiva inglesa con la que veía entonces todo lo español (como le recriminó Quintana), considera que el problema es mucho más profundo. El catolicismo y sus instituciones están inscritos en los hábitos mentales y corporales de los españoles y no será fácil despojarles de ellos. A ojos de Blanco la revolución estaba condenada; el peso de un Sur católico, de su historia, era un lastre demasiado grande. A pesar de todo, y aunque su atención a partir de entonces se centre mucho más en sus dudas religiosas y en su Inglaterra adoptiva, la posibilidad de transformar lentamente el carácter de los españoles nunca la abandona. En este sentido, la influencia de Blanco White se extiende desde Londres (y a través de una comunidad exiliada entre la que ocupó un papel destacado)⁵⁵ hacia un liberalismo moderado que empieza a definirse justo a partir de aquellos años. Un liberalismo que desconfiará también profundamente del carácter español y que, aunque católico, no renunciará a poner a la Iglesia bajo su control y a intentar limitar su influjo sobre los españoles.

55. Sobre el exilio liberal y su importancia en la configuración de las culturas políticas españolas decimonónicas; SIMAL, 2012.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERICH, José, «La España de Blanco y los viajeros ingleses», en Manuel Moreno Alonso (ed.), *José María Blanco White y el problema de la intolerancia en España*, Sevilla, Caja de San Fernando, 2002: 79-89.
- ARADRA, Rosa M^a, «Miradas literarias sobre el exilio español (1813-1833)», en José Checa Beltrán (ed.), *La cultura española en la Europa romántica*, Madrid, Visor, 2015: 265-289.
- ARRIAZA, Juan Bautista, *Breve registro de los seis números que hasta ahora se han publicado del periódico, intitulado El Español. Es carta de un patriota español residente en Londres a un amigo suyo en la península*, Londres, Imp. Vogel y Schulze, 1810.
- BELL, David A., *The Cult of the Nation in France. Inventing Nationalism, 1680-1800*, Cambridge y Londres, Harvard University Press, 2001.
- BLANCO WHITE, Joseph, *Letters from Spain*, Londres, Henry Colburn & Co., 1822.
- , *The Life of the Rev. Joseph Blanco White, written by himself; with portions of his correspondence. Edited by John Hamilton Thom*, Londres, John Chapman, 1845, 3 vols.
- , «Examination of Blanco by White», *Revista de Estudios Hispánicos*, 33/1 (1999): 3-40. (Edición de Ángel Loureiro).
- BREÑA, Roberto, «José María Blanco White y la independencia de América, ¿una postura pro-americana?», *Historia constitucional*, 3 (2002).
- COLLEY, Linda, *Britons. Forging the nation 1707-1837*, New Haven, Yale University Press, 1992.
- DAINOTTO, Roberto M., *Europe (in Theory)*, Durham y Londres, Durham University Press, 2007.
- DURÁN, Fernando, *José María Blanco White o la conciencia errante*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2005.
- DURÁN, Fernando, «Introducción», en José María Blanco White, *Artículos de crítica e historia literaria*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2010: vii-cxxxii. (Edición de Fernando Durán).
- ERTLER, Klaus-Dieter, «El año 1812 en la crítica de José María Blanco White», en Fernando Durán (coord.), *Hacia 1812 desde el siglo ilustrado*, Gijón, Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII-Trea, 2013: 1061-1075.
- FERNÁNDEZ, James D., «A Life of Readings, the Readings of a Life: Joseph Blanco White», *Revista de Estudios Hispánicos*, 24/2 (1990): 121-142.
- FERNÁNDEZ, James D.: «Blanco White y el género autobiográfico», en Antonio Cascales (coord.), *Blanco White, el rebelde ilustrado*, Sevilla, Junta de Andalucía, 2009: 93-98.
- FERNÁNDEZ ALBADALEJO, Pablo, «Entre la «gravedad» y la «religión». Montesquieu y la «tutela» de la monarquía católica en el primer setecientos», en *Materia de España. Cultura política e identidad en la España moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2007: 149-176.
- IGLESIAS, M^a Carmen, «Montesquieu and Spain: iberian identity as seen through the eyes of a non-spaniard of the eighteenth century», en Richard Herr y John H. Polt (eds.), *Iberian Identity: Essays on the Nature of Identity in Portugal and Spain*, Berkeley, California University Press, 1989: 143-155.
- KIRKPATRICK, Susan, «Blanco White en el confesionario», *Quimera*, 206 (2001): 30-36.
- LAWLESS, Geraldine, «Opposing strategies in Blanco White's fiction», en Daniel Muñoz Sempere y Gregorio Alonso (eds.), *Londres y el liberalismo hispánico*, Madrid y Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2011: 203-214.
- LORÉNS, Vicente, «Los motivos de un converso», *Revista de Occidente*, 13 (1964): 44-60.

- LOUREIRO, Ángel G., *The Ethics of Autobiography. Replacing the Subject in Modern Spain*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2000.
- MOE, Nelson, *The View from Vesuvius. Italian Culture and the Southern Question*, Berkeley, University of California Press, 2002.
- MUÑOZ SEMPERE, Daniel, *La Inquisición española como tema literario: política, historia y ficción en la crisis del antiguo régimen*, Woodbridge, Tamesis, 2008.
- MURPHY, Martin, *Blanco White. Self-banished Spaniard*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1989.
- PONS, André, *Blanco White y España*, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios sobre el Siglo XVIII, 2002.
- ROMANI, Roberto, *National Character and Public Spirit in Britain and France, 1750-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.
- SAGLIA, Diego, *Poetic Castles in Spain. British Romanticism and Figurations of Iberia*, Amsterdam, Atlanta, 2000.
- , «Hispanism in *The New Monthly Magazine*», *Notes and Queries*, 49/1 (2002): 49-55.
- SOSA-VELASCO, Alfredo J.: «Blanco White entre dos mundos: retórica y confesión», *Dieciocho*, 30/2 (2007): 287-301.
- SCHWAB, Christiane, «Social Criticism and Romantic Travel Writing: *Letters from Spain* (1822) by José María Blanco White», *Castilla. Estudios de Literatura*, 4 (2013): 350-367.
- SIMAL, Juan Luis, *Emigrados: España y el exilio internacional, 1814-1834*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2012.
- TOSH, John, *A man's place. Masculinity and the Middle-Class Home in Victorian England*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1999.
- WAHRMAN, Dror, *The making of the modern self: identity and culture in eighteenth-century England*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2006.

29

ESPACIO, TIEMPO Y FORMA

UNED

SERIE IV HISTORIA MODERNA
 REVISTA DE LA FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Monográfico · Special Issue: El viaje y su memoria en la construcción de identidades, siglos XVI-XIX / A Travel and Memory In the Construction of Identities, 16th-19th Centuries

13 CAROLINA BLUTRACH
 Presentación / Introduction

17 JUAN GOMIS
 Viajando sobre hojas volanderas: representaciones del viaje en pliegos sueltos del siglo XVIII / Travelling on Broad-sides: Representations of Travels in 18th Century Spanish Chapbooks

39 LAURA OLIVÁN
 Idas y vueltas de un matrimonio de embajadores: memoria, identidad y género en los relatos de viaje de Fernando Bonaventura y Johanna Theresia Harrach (1673-1677) / Back and Forths of an Ambassador and the Ambassador's Wife: Memoir, Identity and Gender in the Travel Accounts of Fernando Bonaventura and Johanna Theresia Harrach (1673-1677)

65 CAROLINA BLUTRACH
 Autobiografía y memoria en el diario de viajes del VI Conde de Fernán Núñez / Autobiography and Memory in the Travel Diary of the VI Count of Fernán Núñez

85 CARMEN ÁBAD-ZARDOYA
 Recuerdo, evocación, promesa. Contextos sentimentales del ajuar de camino / Recollection, Evocation, Promise. Sentimental Contexts of Travel Objects in the Modern Age

109 XAVIER ANDREU MIRALLES
 El viaje al norte y el peso de la historia. Las identidades de Blanco White en sus *Letters from Spain* (1822) / The Journey to the North and the Importance of History. Blanco White's Identities in *Letters from Spain* (1822)

Miscelánea · Miscellany

135 REIKO TATEIWA IGARASHI
 La rebelión del Marqués del Valle: un examen del gobierno virreinal en Nueva España en 1566 / The Rebellion of the Marquis of the Valley: A Test for the Viceregal Government in New Spain at 1566

163 ISIDORO JIMÉNEZ ZAMORA
 La actuación política de la Emperatriz Isabel (1528-1538) / The Political Action of the Empress Isabel (1528-1538)

187 FRANCISCO PRECIOSO IZQUIERDO
 Una memoria controvertida. Melchor Macanaz y la *Defensa crítica de la Inquisición* / A Controversial Memory. Melchor Macanaz and the *Defensa Crítica de la Inquisición*

207 MARTA LOBO ARAÚJO
 Pedir, dar y recibir: las limosnas a los pobres en *La Misericordia de Braga* (siglos XVII-XVIII) / Begging, Giving and Receiving: Alms to the Poor in the *Misericordia of Braga* (XVII-XVIII Centuries)

223 M^A TERESA MUÑOZ SERRULLA
 Falsificación, introducción de moneda extranjera y extracción de metales: la Guerra de Sucesión y sus consecuencias monetarias en la Península / Forgery, the Introduction of Foreign Currency and Illegal Removal of Metal: The War of Spanish Succession and its Monetary Consequences in the Iberian Peninsula

Taller de historiografía · Historiography Workshop Ensayos · Essays

245 DAVID ARMITAGE
 Tiempo, espacio y el futuro del pasado: los horizontes de la Historia / Time, space and the future of the past: The Horizons of History

Reseñas · Book Review

265 Francisco Bethencourt & Diogo Ramada Curto (eds.), *A expansão marítima portuguesa, 1400-1800* (JOSÉ EUDES GOMES)

271 Raquel Camarero, *La Guerra de Recuperación de Cataluña (1640-1652)* (ANTONIO JOSÉ RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ)

277 Davide Maffi, *En defensa del imperio. los ejércitos de Felipe IV y la guerra por la hegemonía europea (1635-1659)* (BEATRIZ ALONSO ACERO)

281 M. Bernardo José García García y Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño (eds.), *Vísperas de sucesión. Europa y la Monarquía de Carlos II* (EVARISTO C. MARTÍNEZ-RADÍO GARRIDO)

285 María Baudot Monroy (ed.), *El Estado en guerra. Expediciones navales españolas en el siglo XVIII* (MANUEL DÍAZ-ORDÓÑEZ)

293 Robert Darnton, *Censores trabajando. De cómo los Estados dieron forma a la literatura* (JULIO L. ARROYO VOZMEDIANO)

297 Joseph Pérez, *Cisneros, el cardenal de España* (ENRIQUE GARCÍA HERNÁN)

301 Charles Beem & Miles Taylor (eds.), *The Man behind the Queen. Male Consorts in History* (ROCÍO MARTÍNEZ LÓPEZ)

311 Eduardo Pascual Ramos, *Poder y linaje durante la Guerra de Sucesión en el reino de Mallorca. El marqués de la Torre* (MARÍA BAUDOT MONROY)

315 Antonio José Rodríguez Hernández, *Breve historia de los tercios de Flandes* (BEATRIZ ALONSO ACERO)

321 José Ángel del Barrio Muñoz, *Filipinas y la Guerra de Sucesión Española: Avatares y Sucesos en un Frente secundario (1701-1715)* (SERGIO GUTIÉRREZ CANTERO)

327 Eduardo de Mesa, *The Irish in the Spanish Armies in the Seventeenth Century* (ANTONIO JOSÉ RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ)